

Es antiguo el uso de la arquitectura y el arte como desafío a la mortalidad, como manera de formar la memoria y como reflejo de la psicopatología del poder. El instinto fundamentalmente humano de dejar algún tipo de señal tras la muerte y la íntima relación entre la arquitectura y el poder<sup>1</sup> se vieron temporalmente relegados por otro tipo de preocupaciones de los años 1960. Durante un tiempo la arquitectura se vio supuestamente liberada del peso de la tradición y las costumbres. El monumentalismo, considerado una excusa para que los arquitectos se dejen llevar por vanos intentos de construir esculturas a gran escala, estaba en ese período mal visto. Esa generación de arquitectos intentó reinventar la arquitectura incluyendo el mundo cotidiano en lugar de limitarse a seguir el juego a mecenas acaudalados. La arquitectura empezó a abordarse como una manera de resolver problemas y no como una representación. Una tendencia que varió y que en el tiempo presente ha quedado prácticamente fuera de los focos de la atención pública, lo importante vuelve a ser la forma, el icono, la visibilidad grandilocuente; una arquitectura que hipoteca la funcionalidad y el uso en pos de una escultoricidad, en muchos casos, propia de alienígenas trasnochados. Los arquitectos reclaman así su hueco en el *star system*.

En el vértice opuesto encontramos la precaria construcción industrial que ha sido tomada por Salvi Vivancos como referencia para desarrollar su nuevo proyecto fotográfico. *Ladrillo* nos conduce a un itinerario por un espacio convertido casi en entorno arqueológico. Esta construcción, abandonada y en ruina, conserva un status orgánico cercano al de un animal herido. Su maltrecha arquitectura albergó hasta 2003 la producción de una empresa de ladrillos, alcanzando su inactividad -por motivos que desconocemos- como un signo de anticipación a los acontecimientos que habrían de sucederse en el sector. Hoy es refugio casual de abundantes aves y techo temporal para algunos de sus antiguos empleados. La desolación del entorno favorece la aparición de escenas que, regadas por entradas de luz, devuelven al espectador la sensación de equilibrio en el caos. Los extremos se tocan. La ficción de la opulencia nos enseña que no todas las burbujas son de jabón.

<sup>1</sup> Sudjic, Dejan. La arquitectura del poder. Cómo los ricos y poderosos dan forma a nuestro mundo. Ariel, Barcelona, 2007.